

RODRIGO TAPIA

**EL LEGADO
DEL BOSQUE**

LA ESPADA DE VALDIVÍA



Áurea Ediciones

Parte I

ÁUREA EDICIONES

I

La luz se filtró por las delgadas cortinas azules de ese pequeño cuarto, iluminando el rostro del niño. Disgustado, frunció el ceño mientras se volteaba hacia su derecha, intentando esquivar su inevitable destino. Ya eran las ocho de la mañana.

Moscas lo rodeaban, algunas aterrizando como helicópteros sobre su cabello y mejillas. El niño recordó que su madre, años atrás, le había dicho que las moscas preferían posarse sobre la suciedad. “Estoy cochino”, se dijo Ricardo, y en efecto, hace días que no se aseaba. La ducha estaba rota y la única forma de lavarse era llevando un pesado balde que se hacía más pesado al llenarlo con agua de una llave, ubicada en una cancha de fútbol contigua a la casa. Su pequeño cuerpo le impedía hacerlo, tampoco estaba su madre para ayudarlo.

El niño se levantó, salió de su cuarto y se asomó con sigilo a la habitación de al lado; su padre estaba recostado, vestido sobre las frazadas, roncando a un ritmo pausado y grave. Sintió alivio, aún tenía tiempo. Cruzó la puerta trasera y caminó hacia el alambrado que separaba su casa de la triste cancha de fútbol. Llegó hasta la llave y se lavó la cara con abundante agua fría, ayudado por una barra de jabón que tenía guardada en su bolsillo. También lavó su cuello, pecho y axilas, como le habían enseñado desde pequeño.

Al volver a la casa, se encontró con el mismo escenario de siempre: botellas de vidrio esparcidas por todos lados, irradiando un hedor a alcohol desagradable. El niño identificaba las botellas de vino por su color verde oscuro, también las de cerveza por su tono opaco, pero no podía diferenciar esas transparentes, nombradas de distintas formas por su padre y la gente que frecuentaba su casa. Esas eran las que tenían un olor más potente y áspero.

En una cocinilla encendió una llama para calentar el agua de la vieja tetera. Se había olvidado de traer el agua de la llave, pero para su suerte había un bidón lleno, guardado por su padre. Tostó un par de panes que llevaban días guardados en una bolsa. “Si los caliento parecerán blandos”, se dijo el niño.

Era verano, de hecho, diciembre. Hace pocos días inició el cambio de estación. Ahora que no tenía que ir a clases, la vida del niño era rutinaria, el mismo recorrido todas las mañanas hasta que su padre despertara y, dependiendo de su humor, el día podía cambiar para bien o para mal. La tetera silbaba y se sentían crujidos provenientes de la pieza de al lado. El niño se desesperó, alistando la mesa rápidamente para tomar desayuno. Vio acercarse la sombra del padre: un hombre alto, delgado, con cabello largo nevado por las

canas, aunque en sus raíces se asomaba el negro de su color natural, su nariz puntiaguda y en su frente marcándose las arrugas de una vida derrochada al hastío.

—Buenos días, Ricardito —le dijo el hombre al niño.

—Buen día, papá —respondió el niño, levantando tenuemente la vista.

La mesa estaba servida: dos tazas de té hirviendo y dos tostadas con margarina cubiertas con una lámina de jamón en cada una.

—Tenemos que comer rápido, hay que empezar a trabajar, que en este mundo nadie te regala nada —dijo el papá. Era una frase que el niño escuchaba todas las mañanas y que ya había naturalizado, como una especie de mantra.

Ricardo apenas lo miraba. Estaba nervioso, temía que el pan estuviera tan duro como para desatar la ira del padre. No era de esas personas con las que se podía dialogar. Hace unas semanas había sufrido por el mismo asunto, siendo una bofetada el castigo injustamente merecido. Tenía miedo de que esa mano pesada y fría cayera de nuevo sobre su mejilla izquierda, pero ¿cómo explicarle a ese hombre que no era su culpa, que el día anterior le había ido mal con la recaudación y que el precio del pan había subido, que el dinero ganado no alcanzaba? ¿Cómo explicarle al viejo que golpear a un niño estaba mal? No era la única vez que su padre lo había golpeado, tampoco sería la última.

Para su tranquilidad, el padre se comió la mitad del sándwich sin pronunciar palabra alguna, solo miraba el diario del día antes pasado, cuyo encabezado decía: “Cuidado, actividad mágica cercana a El Valle”.

—¿Estamos listos? —preguntó el viejo, mirando al niño.

—Sí, papá —respondió Ricardo, dando largos sorbos a su taza de té caliente, sin el cuidado de quemarse los labios.

Salieron juntos de casa. El padre llevaba un bolso grande con todos los artículos necesarios para el trabajo, mientras que el niño cargaba una mochila con diseño de dinosaurios que contenía sus propios utensilios. La casa era horrible, aunque con un terreno amplio que no estaba bien ocupado por sus habitantes. La fachada deteriorada y los jardines marchitos. Ricardo recordó que, cuando estaba mamá, la casa era distinta. La vida era distinta.

El viejo cerró la reja con un candado oxidado, cosa curiosa, porque él sabía que, aunque desconocidos entrasen con malas intenciones, no tendrían nada de valor que llevarse. Desde la casa del lado, que se veía igual o peor que la propia, se asomaba un diminuto hombre que saludó de forma afectuosa al padre.

—Buenos días, Sergio.

—Buenas, chico —respondió el padre, y se pusieron a charlar.

Ricardo no prestaba atención a lo que decían, era lo mismo de siempre: el fútbol, las mujeres, la política chilena como ejemplo en el mundo, las reformas del régimen y el descubrimiento de nuevos aquelarres de brujas. Prácticamente la misma conversación calcada del día anterior, y del día anterior a ese, y del día anterior al anterior a ese. Además, usaban palabras difíciles que él no entendía, y otras que, incluso sabiendo su significado, prefería no repetir por su vulgaridad.

Ricardo veía el mundo como cualquier niño de once años. Creía en los superhéroes, como esos que salen en la TV los sábados por la mañana, cuando su padre estaba tan borracho que no podía siquiera levantarse para trabajar. Se imaginaba que algún día un justiciero con armadura de hierro, o un enmascarado nocturno, se fijaría en él como